

Quería morir, lo deseaba con frenética impaciencia. Pero morir á manos de su hermano, aquello era demasiado, aquello emponzoñaba la muerte con una amargura terrible.

—¿Con que eres tú, Juan, querido Juan?

Juan le miraba asombrado. Estaban solos, porque los demás soldados habían salido en persecución de los fugitivos. A su alrededor los incendios ganaban terreno; grandes llamaradas rojizas salían por las ventanas; desplomábanse los techos con pavoroso estrépito. Y Juan desesperado y lloroso, se arrodilló junto á Mauricio, palpándole, procurando levantarle, para ver si podía salvarle.

¡Pobre amigo mío, pobrecillo!

VIII

Cuando el tren procedente de Sedan llegó, con mucho retraso, á la estación de San Dionisio, á eso de las nueve, un gran resplandor rojizo iluminaba el cielo, por la parte del Sur, como si estuviese ardiendo todo París. Conforme había ido haciéndose de noche, aquel resplandor había aumentado, y, poco á poco se extendió por todo el horizonte, dando color de sangre á unas nubecillas que, por la parte de Oriente, se perdían en el fondo de las tinieblas.

Enriqueta bajó del coche, inquieta por aquellos reflejos de incendio que los viajeros habían visto por las ventanillas del tren en marcha. Los soldados de un destacamento prusiano que acababa de ocupar la estación, hacían bajar á todo el mundo, y dos de ellos gritaban en francés:

—París está ardiendo... El tren no pasa de aquí... ¡Abajo todo el mundo!... París está ardiendo...

Enriqueta se angustió mucho. ¿Llegaría demasiado tarde? Como Mauricio no había contestado á sus dos últimas cartas, y las noticias de París eran ca-

da vez más alarmantes, se había decidido á marcharse de Remilly. En casa de su tío Fouchard llevaba una vida muy triste. Conforme se había ido prolongando la resistencia en París, las tropas de ocupación se habían vuelto más exigentes. El racionamiento de las fuerzas que regresaban á Alemania estaba acabando con los recursos de los pueblos. Al salir Enriqueta de la casería para ir á Sedán á tomar el ferrocarril muy de madrugada, había visto el corral lleno de soldados de caballería que habían dormido allí. A un toque de corneta, todos se habían levantado, silenciosos, envueltos en sus capotes, y tan apiñados que Enriqueta creyó ostar presenciando la resurrección de los muertos en un campo de batalla, al toque de llamada de las trompetas del Juicio final. Y encontraba más prusianos en San Dionisio, y ellos eran los que daban aquel grito que la trastornaba:

—¡Abajo todo el mundo! ¡De aquí no se pasa!... ¡París está ardiendo!

Enriqueta, desesperada, con su maletita en la mano, pidió noticias. Hacía dos días que en París se estaban batiendo; la vía férrea se hallaba interceptada; los prusianos se mantenían á la expectativa. Pero Enriqueta quería pasar á todo trance; vió en el andén al capitán de la compañía que ocupaba la estación, y se acercó á él.

—Caballero, voy á ver á un hermano mío, de quien no sé nada. Suplico á usted que me facilite un medio de continuar mi viaje.

Se detuvo, sorprendida, al reconocer al capitán.

—¡Es usted, Otto!... Favorézcame usted, ya que la casualidad ha hecho que volvamos á encontrarnos.

Su primo, Otto Gunther, seguía tan espetado y orgulloso como siempre. Y no reconocía á aquella mujer delgada, rubia y bonita, de aspecto enfermi-

zo. Al fin la recordó, pero se contentó con hacer una inclinación de cabeza.

—Ya sabe usted que tengo un hermano soldado, continuó Enriqueta. Está en París, y temo que haya tomado parte en esa lucha horrible... Otto, por favor, deme usted el medio de seguir mi viaje.

Entonces él se decidió á hablar.

—No puedo hacer nada.. Desde ayer no circulan los trenes. Creo que han levantado los rails. Y no tengo á mi disposición ningún carruaje, ni caballo, para llevar á usted.

Ella le miraba, apesadumbrada por encontrarle tan frío, tan resuelto á no auxiliarla.

—No quiere usted hacer nada... ¡Dios mío! ¿A quien me dirigiré yo?

¡Aquellos prusianos, que eran los dueños de todo, que, con solo una palabra, hubieran podido volver la ciudad de arriba á bajo, embargar cien carruajes, hacer salir de las cuadras mil caballos! Y Otto se negaba, con su aire altanero de vencedor que se imponía la obligación de no intervenir nunca en los asuntos de los vencidos, por figurarse, sin duda, que iban á manchar su gloria recién ganada.

—En fin —dijo Enriqueta, procurando calmarse;— sabrá usted, por lo menos, lo que ocurre. Dígamelo.

—París está ardiendo... Venga usted conmigo. Desde ahí se ve perfectamente.

Otto salió del andén seguido por Enriqueta, y anduvo por la vía un centenar de pasos para llegar á una pasadera de hierro, construída encima de la vía. Cuando hubieron subido la estrecha escalera y se encontraron arriba, apoyados en la barandilla, pudieron ver por encima de un talud, la inmensa llanura.

—Ya lo vé usted; París está ardiendo.

Eran las nueve y media, poco más ó menos. El resplandor rojizo se extendía cada vez más. Las nubecillas ensangrentadas habían desaparecido, y

quedaba en el zenit más que una mancha negra, en la cual se reflejaban las llamas lejanas. Toda la línea del horizonte despedía llamaradas, pero á trechos, se distinguían focos más intensos cuyo continuo centelleo rayaba las tinieblas, en medio de grandes humaredas. Parecía que los incendios andaban, que algún bosque gigantesco estaba ardiendo, que hasta la tierra iba á arder, abrasada por aquella colosal hoguera de París.

—¡Mire usted!—explicaba Otto;—aquella cosa negra que se destaca sobre el fondo rojo es Monmartre. A la izquierda, en la Villette, en Belleville, no se quema nada todavía. El fuego es en los mejores barrios y se va extendiendo... ¡Mire usted, allá á la derecha, otro incendio! Se ven las llamas, un hervidero de llamas... ¡Más, más!..

No gritaba, no se animaba, y la enormidad de su alegría tranquila dejó aterrada á Enriqueta. Otto estaba insultante con su calma, con su sonrisita, como si hubiera previsto y esperado, desde mucho tiempo atrás, aquel desastre sin ejemplo. Al fin ardía París, aquel París donde las granadas alemanas no habian hecho casi daño. Todos los rencores del capitán estaban satisfechos. Parecía vengado de la larga duración del sitio, de los fríos espantosos, de las dificultades que á cada paso habian sufrido. En el orgullo del triunfo, las provincias conquistadas, la indemnización de los cinco mil millones, nada valía tanto como aquel espectáculo de París destruído, atacado de locura furiosa, prendiéndose fuego á sí mismo y desvaneciéndose en humo en aquella noche serena de primavera.

—Tenía que suceder, añadió Otto en voz baja. ¡Buena tarea, buena!

Ante la inmensidad de la catástrofe, Enriqueta sentía oprimirse el corazón. Durante unos minutos desapareció su desgracia personal, perdida en aquella expiación de un pueblo entero. La idea de

que el fuego estaría devorando vidas humanas, la vista de la ciudad ardiendo, despidiendo la claridad infernal de las capitales malditas, le arrancaban exclamaciones de dolor. Cruzó las manos y preguntó:

—¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho para ser castigados de esta manera?

Otto hizo un ademán de apóstrofe. Iba á hablar con la vehemencia de ese frío y duro protestantismo militar que citaba versículos de la Biblia. Pero una mirada de Enriqueta le contuvo. Además, su ademán había bastado, porque había expresado su odio de raza, su convicción de ser en Francia el justiciero enviado por el Dios de los ejércitos para castigar á un pueblo pervertido. París ardía en castigo de muchos siglos de mala vida, de la acumulación de sus crímenes y de sus orgías. Los germanos volverían á salvar al mundo, barriendo el último polvo de la corrupción latina.

Otto se contentó con decir:

—Es el final... Ahora empieza á arder otro barrio... aquel otro foco, allá, más á la izquierda...

Los dos callaron. Llamadas continuas subían sin cesar, desbordándose en el firmamento. El mar de fuego ensanchaba á cada momento su línea en lo infinito, una marejada incandescente de la que salían humaredas que formaban encima de la ciudad un inmenso nubarrón cobrizo.

Enriqueta sintió un estremecimiento. Le pareció que salía de una pesadilla. Y angustiada con el recuerdo de su hermano, dirigió á Otto la última súplica.

—Conque... ¿no puede usted hacer nada por mí? ¿Se niega usted á ayudarme á entrar en París?

Otto hizo un ademán como si fuera á barrer el horizonte.

—¿Para qué? Mañana no habrá allí más que escombros.

Y no hablaron más. Enriqueta bajó de la pasade-

ra y se dirigió á la estación. Otto se quedó arriba un largo rato, gozando con la monstruosa fiesta que le proporcionaba el espectáculo de aquella Babilonia incendiada.

Al salir de la estación, Enriqueta tuvo la suerte de tropezar con una señora que estaba ajustando un carruaje que la condujese inmediatamente á París, calle de Richelieu; y tanto la suplicó, con lágrimas tan conmovedoras, que la señora acabó por consentir en llevarla. El cochero arreó á su caballo; no habló una palabra en todo el camino. La señora no cesó de charlar, contando que la antevispera había salido de su tienda dejándola cerrada, pero que había hecho la tontería de dejar unos valores escondidos en una pared, y volvía á buscarlos, aunque tuviera que pasar por entre las llamas. En la puerta no había más que unos cuantos insurrectos, medio dormidos. El coche pasó sin grandes dificultades. La señora dijo al comandante de aquella guardia que había ido á buscar á su sobrina para cuidar entre las dos á su marido, herido por los versalleses. Los grandes obstáculos empezaron en las calles, obstruidas por barricadas.

Después de haber dado varios rodeos llegaron al boulevard Poissonniere, donde el cochero manifestó que no seguía adelante. Y las dos mujeres tuvieron que continuar á pie por la calle de Sentir y por todo el barrio de la Bolsa. Les extrañaba la calma y la soledad que había en aquella parte de la capital. Sin embargo, al pasar por delante de la Bolsa oyeron tiros. En la calle de Richelieu, la señora, muy contenta por haber encontrado intacta su tienda, quiso enseñar á Enriqueta por donde había de ir á la calle des Orties, que no estaba lejos. Por fin, á las cuatro de la mañana, ya de día, Enriqueta, rendida de cansancio, llegó á la casa donde vivía su hermano.

En la barricada de la calle del Bac, Mauricio ha-

blía podido sentarse en el suelo, con gran alegría de Juan, porque éste creía que lo había matado.

—Muchacho ¿vives todavía?... ¿Tendré esa suerte?... Espera; déjame ver. A la claridad del incendio reconoció con cuidado la herida. La bayoneta había atravesado el brazo derecho por cerca del hombro; y lo peor era que había penetrado después entre dos costillas, interesando, sin duda, el pulmón. Sin embargo, el herido respiraba sin mucha dificultad.

—¡Pobre Juan! No te desesperes así. Yo estoy contento; me gusta acabar de una vez. Bastante has hecho por mí, porque hace mucho tiempo que á no haber sido por ti estaría yo debajo de tierra.

Al oírle decir aquellas cosas, Juan se desesperaba más.

—¡Te quieres callar! Tú me has salvado dos veces de los prusianos. Estábamos en paz. Ahora me tocaba dar mi vida, y te he herido... ¡Maldita sea mi suerte! ¡Si estaría yo borracho cuando no te he conocido!... ¡Sí, borracho como un marrano de tanto beber sangre!

Se le saltaban las lágrimas, al recordar su separación allá en Remilly, cuando se habían despedido sin saber si volverían á verse. Conque no servía de nada haber pasado juntos tantas penalidades y haber tenido la muerte delante? ¿Y era para llevarlos á aquella abominación á aquel fratricidio monstruoso y estúpido, para lo que se habían unido sus corazones durante aquellas semanas de vida heroica? ¡No y no!

—Tengo que salvarte, muchacho... quieras ó no.

Lo primero era sacarle de allí, porque la tropa remataba á los heridos. Suerte tenían en estar solos. No había que perder ni un minuto. Juan quitó á Mauricio el uniforme, y le vendó fuertemente el brazo, con pedazos que sacó del forro. Después tapó la herida y sujetó el brazo por encima, con un

pedazo de cuerda, para contener la hemorragia.

—¿Puedes andar?

—Me parece que sí.

Pero no se atrevía á llevárselo así, en mangas de camisa. Tuvo una inspiración repentina; corrió á una calle inmediata, donde había visto un soldado muerto, y volvió con un capote y un kepis. Echó el capote sobre los hombros de Mauricio.

—¡Vaya! Ya eres de los nuestros... ¿A dónde vamos?

Esa era la dificultad. ¿Dónde encontrarían un refugio seguro? Las tropas registraban las casas y fusilaban á todos los comunistas cogidos con las armas en la mano. Además, ni Juan, ni Mauricio, conocían á nadie en aquel barrio, ni había por allí nadie á quien pedir auxilio.

—Lo mejor será ir á mi casa, dijo Mauricio. Está en una calle tan extraviada, que nadie ha de ir por allí... Pero está al otro lado del río; en la calle de las Orties.

Juan, desesperado, juraba como un carretero.

—¿Y qué hacemos ahora?

No había que pensar en tomar por el puente Real, porque el resplandor de los incendios lo alumbraba como si hiciera sol. En las dos orillas seguía el tiroteo. El palacio de los Tullerías estaba ardiendo. Por el Louvre tampoco se podía pasar.

De repente se le ocurrió á Juan una idea. Si había barcas, como antes, junto al puente Real, podía intentarse pasar á la otra orilla. La tentativa era muy riesgosa, pero no había otro medio y era preciso decidirse pronto.

—Oye, muchacho, aquí no estamos bien; tenemos que largarnos... Yo contaré á mi teniente que me cogieron unos comunistas y que me escapé.

Cogió á Mauricio por el brazo sano, y le ayudó á salir de la calle del Bac, cuyas casas ardían de arriba á bajo, como enormes antorchas. Una lluvia de

tizones encendidos caía sobre ellos. Cuando llegaron al muelle, se quedaron un momento como ciegos, por la espantosa claridad.

Y no se consideró algo seguro hasta que no hubo hecho bajar á Mauricio la escalera del muelle, á la izquierda del muelle Real, aguas abajo. Se escondieron entre unos árboles. Al poco rato, oyeron tiros y gritos, después el ruido de un cuerpo que caía al agua. El puente estaba guardado; no había duda.

—¿No te parece que debíamos pasar la noche en esa caseta? preguntó Mauricio señalando una caseta de guarda.

—¡Eso es! ¡Para que nos cojan cuando sea de día! Juan no renunciaba á su plan. Acababa de encontrar allí una flotilla de barquichuelos. Pero estaban amarrados. ¿Cómo podía desmarrar uno y soltar los remos? Al fin encontró un par de remos viejos y pudo hacer saltar un candado, que sin duda estaba mal cerrado. Enseguida acomodó á Mauricio en la proa del bote y se dejó llevar por la corriente siguiendo la orilla á la sombra de las casetas de baños y de las gabarras. Ni uno ni otro hablaban una palabra, aterrados con el espectáculo que tenían ante sus ojos. Al llegar al puente de Solferino, vieron los dos muelles ardiendo.

A la izquierda estaba ardiendo el palacio de las Tullerías. Los comunistas habían prendido fuego al pabellón de Flora y al de Marsan, desde los cuales se había comunicado al del Reloj, donde estaba preparada una mina, barriles de pólvora amontonados en la sala de los Mariscales. En aquel momento salían por las ventanas remolinos de humo rojizo. La techumbre ardía, entreabriéndose como una tierra volcánica al impulso de la hoguera interior. El pabellón de Flora era todo él una hoguera. El petróleo, con el que se habían rociado el piso y las colgaduras, daba á las llamas tanta intensidad que se veía retorcerse los hierros de los balcones.

A la derecha, en primer término, el palacio de la Legión de Honor, que estaba ardiendo desde las cinco de la tarde y que se consumía en una gran llamarada, como una hoguera cuya leña se acaba toda al mismo tiempo. En segundo término el palacio del Consejo de Estado, el incendio inmenso, el más grande, el más aterrador, el gigantesco cubo de piedra vomitando llamas. Los cuatro edificios que rodeaban el patio interior habían empezado á arder á un tiempo; y allí, el petróleo, derramado por barricadas enteras en las cuatro escaleras, había corrido por los escalones á manera de torrente infernal. En la fachada que da al río se destacaba la línea del ático en medio de las lenguas rojizas que lamían sus bordes; las columnatas, las cornisas, los frisos, las esculturas, aparecían con un relieve extraordinario en medio de un resplandor que quitaba la vista. El fuego tenía allí una fuerza tan terrible, que el colosal monumento parecía vacilar sobre sus cimientos, conservando únicamente la armazón sus espesos muros bajo aquella violencia de erupción que lanzaba al aire el zinc de las techumbres. También estaba ardiendo una parte del cuartel del muelle de Orsay, una columna alta y blanca que parecía una torre de luz. Y detrás, había más incendios, las siete casas de la calle del Bac, las veintidos de la calle de Lila, destacándose las llamas sobre otras llamas, en un mar sangriento.

Juan, espantado, murmuró:

—¡Esto no puede ser! . . Va á arder el río.

Parecía, efectivamente, que el bote navegaba por un río de fuego. Hubiérase dicho que á los reflejos de aquellos focos inmensos, arrastraba el Senna carbones encendidos. Y el bote seguía siendo llevado por la corriente entre palacios incendiados.

—¡Ah!—dijo Mauricio enloquecido ante aquella destrucción que había deseado;—¡que arda todo! ¡que vuele todo!

Pero Juan le hizo callar, como si hubiera tenido miedo de que una blasfemia así les llevase la desgracia. ¿Era posible que un muchacho á quien quería tanto, tan instruido, tan fino, tuviese ideas semejantes? Y se puso á remar con más fuerza, porque habían dejado atrás el puente de Solferino. La claridad era tan grande; que el río estaba alumbrado como con el sol de mediodía. Se distinguían los más pequeños detalles con una precisión asombrosa; los visos que hacía el agua, los arbolillos de los muelles. Los puentes se destacaban con una blancura deslumbradora, con una claridad tal que podían contarse las piedras. De cuando en cuando se oían fuertes crujidos. El viento llevaba olores pestíferos. Y lo espantoso era que no se veían los demás barrios, los situados agua abajo. A derecha é izquierda la violencia de los incendios deslumbraba, abría más allá un abismo negro. Sólo se veía una enormidad tenebrosa, como si París entero, invadido por el fuego, hubiera desaparecido en una noche eterna. Y el cielo también había dejado de existir: las llamas subían tan arriba que apagaban las estrellas.

Mauricio, á quien la calentura hacía delirar, soltó una carcajada de loco:

—¡Gran fiesta en el Consejo de Estado y en las Tullerías!... Las fachadas están iluminadas, las mujeres están bailando... ¡Bailad, sí, bailad con esas faldas que echan humo, con esos moños que echan chispas!

Y con el brazo que tenía útil, evocaba las fiestas de Sodoma y Gomorra, las músicas, las flores, los goces monstruosos, los palacios convertidos en burdeles, iluminando la abominación de las desnudeces con tanto lujo de bujías que se habían incendiado á sí mismos. De repente sonó un estampido espantoso. Era que el fuego en las Tullerías había llegado á la sala de los Mariscales ó inflamando los ba-

rriles de pólvora había causado la voladura del pabellón del Reloj. Surgió un inmenso penacho de llamas que llenó el cielo obscuro, el *bouquet* flamígero de la horrenda fiesta.

—¡Bien por el baile!—gritó Mauricio, como cuando termina un espectáculo.

Juan volvió á suplicarle que callase. ¡No, no! No había que querer el mal. Si todo quedaba destruido perecerían ellos. Y no deseaba ya más que atracar á la orilla, huir del terrible espectáculo. Tuvo, sin embargo, la prudencia de seguir hasta más allá del puente de la Concordia para no desembarcar sino en el Muelle de la Conferencia, pasado el recodo del Sena. Y en aquel momento crítico, impulsado por su respeto instintivo á los bienes ajenos, perdió algunos minutos en amarrar el bote, en lugar de dejarlo ir por el río abajo. Su plan era pasar por la plaza de la Concordia y por la calle de San Honorato para llegar á la calle de los Orties. Después de haber hecho sentar á Mauricio en la orilla del río subió la escalera del muelle y al llegar arriba comprendió que les iba á costar mucho trabajo salvar los obstáculos acumulados allí; el terraplén de las Tullerías, transformado por los comunistas en fortaleza inexpugnable, las calles Real, San Florentino y de Rívoli, cerradas con barricadas altas; y esto explicaba la táctica del ejército de Versalles, cuyas líneas formaban aquella noche un inmenso ángulo entrante, con el vértice en la plaza de la Concordia, uno de los extremos en la orilla derecha, en la estación de mercancías del ferrocarril del Norte, el otro extremo en la orilla izquierda, en un baluarte de las murallas, junto á la puerta de Arcueil. Pero iba á amanecer, los comunistas habían desalojado las Tullerías y las barricadas, la tropa acababa de apoderarse del barrio, en medio de más incendios, doce casas que estaban ardiendo desde las nueve de la noche en las cua-

tro esquinas de la calle de San Honorato y calle Real.

Cuando Juan volvió á buscar á Mauricio le encontró soñoliento, como atontado después de su crisis de sobreexcitación.

—¡No va á ser fácil!... ¿Podrás andar, muchacho?

—Sí, sí, no tengas cuidado. Muerto ó vivo, yo llegaré.

Le costó trabajo subir la escalera de piedra. Ya arriba echó á andar despacio, apoyado en el brazo de su compañero, con paso de sonámbulo. Aunque no era todavía de día, el resplandor de los incendios próximos alumbraba la extensa plaza con una aurora amarotada. Al otro lado del puente y al extremo de la calle Real, se distinguían confusamente los fantasmas del Palacio Borbón y de La Magdalena. Una parte del terraplén de las Tullerías, batido en brecha, se había hundido. En la plaza de la Concordia las balas habían agujereado el bronce de las fuentes, la estatua de Lila yacía en el suelo, partida en dos por una granada, y la estatua de Strasburgo, cubierta con un crespón, parecía que llevaba luto por tantas ruinas. Y había allí, junto al obelisco, en una zanja, una cañería de gas, rota por algún piquetazo, á la que se había prendido fuego por una casualidad y de la que salía con un ruido estridente una llamarada.

Juan evitó el pasar por la barricada que cerraba la calle Real entre el Ministerio de Marina y el Guarda Muebles, salvados del incendio. Oía voces de soldados detrás de los sacos de tierra y de los toneles que lo formaban. Por delante la defendía un foso, lleno de agua corrompida, en la cual flota ba el cadáver de un federado; y por un boquete se veían las casas de la calle de San Honorato, que todavía estaban ardiendo á pesar de las bombas que se habían llevado de los pueblos de las afueras. A derecha é izquierda, los arbolillos, los kioscos

para la venta de periódicos estaban destrozados, acribillados á metrallazos. Se oían gritos. Los bomberos acababan de encontrar, en un sótano, los cadáveres, medio carbonizados, de siete personas.

Aunque parecía más fuerte la barricada que obstruía la calle de San Florentino, Juan comprendió que por allí era menos peligroso el paso. La barricada estaba completamente abandonada, sin que la tropa se hubiese atrevido todavía á ocuparla. Detrás de aquella muralla no había ni un alma, únicamente un perro vagabundo que echó á correr. Pero sucedió lo que Juan temía; en la calle de San Florentino se encontraron con una compañía del 88.º de línea, que había flanqueado la barricada.

—Mi capitán,—dijo,—éste es un camarada á quien han herido esos pillos, y lo llevo al hospital de sangre.

El capote echado por los hombros de Mauricio, fué lo que le salvó. Juan pasó un susto terrible. Al fin, pudieron tomar la calle de San Honorato. Empezaba á amanecer; se oían todavía algunos tiros en las calles transversales. Fué un milagro que los dos camaradas pudiesen llegar á la calle de Frondeurs, sin haber tenido otro mal encuentro. Andaban muy despacio, porque Mauricio iba debilitándose cada vez más. Los 300 ó 400 metros que faltaban, parecían interminables. En la calle de Frondeurs tropezaron con unos comunistas sueltos; pero estos se asustaron, creyendo que llegaba un regimiento entero, y echaron á correr. No quedaba más que un trozo de la calle de Argenteuil para llegar á la de los Orties. ¡Dichosa calle de los Orties! ¡Con qué impaciencia la deseaba Juan, hacía cuatro horas largas! Cuando entraron en ella, estaba oscura, desierta, silenciosa, como á cien leguas de la batalla. La casa, una casa vieja y estrecha, sin portería, dormía con un sueño de muerte.

—Tengo las llaves en el bolsillo, balbuceó —Mau-

ricio.—La grande es la de la calle, la pequeña, la de mi cuarto, en lo más alto de la casa.

Y se desmayó en brazos de Juan, cuya inquietud y apuros fueron grandes. Se le olvidó cerrar la puerta de la calle, y tuvo que subir á Mauricio en brazos, á tuestas, por aquella escalera desconocida, evitando hacer ruido, por miedo de que acudiera gente. Al llegar arriba, se perdió en los pasillos, tuvo que dejar al herido en el suelo y buscar la puerta, encendiendo fósforos que, por una feliz casualidad, llevaba en el bolsillo. Por fin acostó al herido en la camita de hierro, enfrente de la ventana, la cual abrió de par en par, porque necesitaba aire y luz. Cayó de rodillas delante de la cama, sollozando, rendido y sin fuerzas, dominado por el horrible pensamiento de que había matado á su amigo.

Al cabo de un rato se encontró de repente con que estaba allí Enriqueta. Esto no le sorprendió; al contrario, le pareció lo más natural del mundo. Ni siquiera había visto entrar á Enriqueta; quizás estaría allí hacía ya tiempo. La miraba agitarse calurosamente impresionada al ver á su hermano sin conocimiento, ensangrentado. Juan se serenó un poco y preguntó:

—Diga usted, ¿ha vuelto usted á cerrar la puerta de la calle?

Ella, toda trastornada, contestó afirmativamente con una señal de cabeza; en seguida le alargó las manos. Juan se las cogió y dijo:

—Yo soy quien le ha matado... ¿sabe usted?

Ella no le entendía, no le creía.

—Pues sí... yo he sido, allá en una barricada... El era de un partido, yo de otro...

Las manitas temblaron.

—Estábamos como borrachos, ya no sabíamos lo que hacíamos... Yo soy quien le ha matado...

Entonces, Enriqueta retiró las manos, estremeci-

da, pálida, mirando á Juan con ojos asustados. ¡Dios poderoso! ¿Se habría concluído todo y no habría de sobrevivir nada en su corazón destrozado? ¡Ah! aquel Juan, de quien se había acordado aquella misma noche, esperando volver á verle. Y él era quien había hecho aquella cosa atroz, y acababa, sin embargo, de salvar otra vez á Mauricio, puesto que él era quien lo había llevado allí, corriendo tantos riesgos. Enriqueta puso la última esperanza de su corazón en una frase:

—¡Le curaré, es preciso que le cure!

Durante sus largas vigiliass en el hospital de sangre de Remilly había adquirido mucha práctica en curar heridas. Y desde luego quiso reconocer las de su hermano, á quien desnudó sin que él saliese de su desmayo. Cuando le quitó el vendaje improvisado por Juan, él se movió, dió un quejido, abriendo mucho los ojos, y conoció á su hermana.

—¿Estás ahí? ¡Cuánto me alegro de verte antes de morir!

Enriqueta le hizo callar con un ademán de confianza.

—¡Yo no quiero que te mueras! ¡Quiero que vivas!... No hables más...

Pero después que hubo reconocido las herida, se quedó triste y sintió ganas de llorar. Registró la habitación, consiguió encontrar un poco de aceite, desgarró camisas viejas para hacer vendas, mientras que Juan bajaba á buscar un cántaro de agua. El pobre Juan la miró lavar las heridas, curarlas diestramente, sin atreverse á decirla ni una palabra, incapaz de ayudarla, consternado, aniquilado. Viendo lo inquieta que estaba se ofreció á ir á buscar un médico. Pero Enriqueta no había perdido la serenidad. ¡No, no! ¡Un médico cualquiera... no! Podía denunciar á su hermano. Se necesitaba un hombre de confianza. No había peligro en esperar unas horas. Como Juan dijese que tenía que ir á incor-